

LOS EXILIADOS, LA IMPRENTA Y EL LIBRO EN MÉXICO

Ascensión H. de León-Portilla



En dos momentos lejanos entre sí pero en cierto modo afines en la historia de México, se ha dejado sentir hondamente la presencia de humanistas españoles, interesados de modo especial en lo que al libro se refiere. Un primer momento se sitúa en el marco de lo que fue para México el encuentro de dos mundos. El otro es relativamente cercano, cuando hace cincuenta años llegaron a México los exiliados españoles, no pocos de los cuales se habían formado en un ambiente de moderno humanismo.

Uno y otro momentos podrán parecer en extremo apartados y diferentes. Sin embargo, tomando como símbolo el 450 aniversario de la imprenta en México y los cincuenta años de exilio español, pienso que hay más de una razón para conmemorar en paralelo lo que ambos acontecimientos han significado para la historia cultural de México. Así, en este ensayo, aportaré algunos datos y reflexiones en torno a los contextos culturales en que ambos sucesos se produjeron.

El encuentro de los españoles con los amoxtlí, libros mesoamericanos

A principios del siglo XVI, cuando en la Europa renacentista se perfeccionaban las técnicas de imprimir y se adquiría un refinamiento cada vez mayor en el arte de hacer libros, sucedió algo inesperado. En 1516 aparecía en Alcalá de Henares la primera edición de las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería. En ellas, el cronista de Indias, siempre atento y asombrado ante todo lo que "daba a luz el preñante océano", nos describe lo que fue el encuentro de los españoles con los libros *amoxtlí* de los pipiles-nicaraos, gente de habla náhuatl. En el relato se nos presenta a un indígena que, huyendo de su tie-

rra, llega a un pueblo de españoles en el Darién. Allí encuentra al alcalde, un tal Corrales, que se encontraba leyendo. Pedro Mártir nos dice que el indígena:

... dio un salto lleno de admiración y, por medio de intérpretes..., exclamó: ¡cómo!, ¿también vosotros tenéis libros? y, ¿os servís de caracteres para comunicaros con los ausentes? Y así diciendo, solicitaba que se le mostrase el libro abierto, creyendo que iba a contemplar la escritura patria; pero se encontró que era diferente...¹

Esta primera noticia pronto es refrendada con testimonios de dos personajes famosos que andaban por tierras centroamericanas en los albores del siglo XVI. Me refiero a Martín Fernández de Enciso y Gonzalo Fernández de Oviedo. El primero, en su *Suma de geografía*, Sevilla, 1519, al hablar de los nicaraos, afirma que "hay gente que tienen libros y que escriben y leen como nosotros".² Por su parte Fernández de Oviedo es quien, como testigo de vista, nos da una descripción acertada de lo que era un libro mesoamericano, precisamente al hablar de los "llanos de Nicaragua, hermosas e apacibles tierras":

Tenían libros de pergamino, que hacían de los cueros de venado, tan anchos como una mano o más, e tan luengos como diez o doce pasos, e más o menos, que se encogían e

1. Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*. Traducción del latín de Agustín Millares Carlo, México, José Porrúa e hijos, 1964, v. I. p. 395. También en Ascensión H. de León-Portilla "Tempranos testimonios europeos sobre los códices del México antiguo", en *El impacto del encuentro de dos Mundos. Memorias*, México, 1987.

2. Martín Fernández de Enciso, *Suma de geografía*, Edición y estudio de Mariano Cuesta, Madrid, Museo Naval, 1987, p. 230.

doblaban e resumían en el tamaño de una mano...; y en aquestos tenían pintados sus caracteres o figuras de tinta roja y negra, de tal manera que, aunque no eran lectura ni escritura, significaban e se entendían por ellos todo lo que querían muy claramente; y en estos tales libros tenían pintados sus términos y heredamientos e lo que más les parecía que debía estar figurado, así como los caminos, los ríos los montes e boscajes e lo demás para los tiempos de contienda o pleitos...³

En verdad que esta descripción de Fernández de Oviedo coincide plenamente con los códices prehispánicos que han llegado hasta nosotros, aunque ninguno de ellos provenga de los nica-raos. Muestra ello que este grupo étnico conservaba su fondo cultural común con los pueblos nahuas después de varios siglos de haberse separado.

Poco después entraron los españoles en contacto con mayas y nahuas en tierras mexicanas. Cuenta Pedro Mártir en su cuarta Década que Cortés, al llegar a Yucatán, encontró "innumerables libros". En esas mismas páginas describe por primera vez el proceso de elaboración del material usado como papel, la "filira" de la corteza de los árboles y asimismo explica los rasgos de los caracteres que conforman su redacción, "semejantes a la escritura egipcia".⁴ El relato de Mártir es de un enorme atractivo; en él se palpa el asombro ante los objetos que desde la Villa Rica de la Veracruz enviaba Cortés al emperador Carlos V, regalo a su vez del *tlahtoani* Moctezuma. No es extraño este asombro, esta admiración si tenemos en cuenta que entre tales objetos se encontraban probablemente dos códices, hasta hoy conservados, el *Vindobonense* y el *Fejervary Mayer*, este último bautizado por Miguel León-Portilla como *Tonalámatl de los pochtecas*.⁵

El testimonio de Bernal Díaz del Castillo es también de gran valor en este primer acercamiento al mundo de los *amoxtli* y de las bibliotecas, las *amoxcalli*. Entre otras noticias nos dice Bernal que los libros se guardaban en las casas de los ídolos, "cogidos a dobleces, como a manera de los paños de Castilla". También nos relata que Moctezuma destinaba un cacique para llevar registro de las rentas de su imperio "... en sus libros hechos de papel que se dice amal [*amatl*] y tenían de estos libros gran casa de ellos".⁶

Pero no siempre los libros mesoamericanos despertaron tanta admiración. Los frailes misioneros que venían a implantar la fe cristiana se encontraron con las prácticas o creencias religiosas de los indígenas. En sus crónicas hablan de sacrificios humanos a dioses aborrecibles. Entre otras cosas encontraron también sus antiguos libros en los que vieron el testimonio de la idolatría y de la presencia del demonio.

Hombres como el obispo Juan de Zumárraga en México y Diego de Landa en Yucatán ordenaron las quemaduras de esos libros. Es cierto que, más tarde, algunos frailes se dieron cuenta de que tal destrucción impidió conocer mejor la antigua cultura. Como escribió Diego Durán acerca de los que,

con celo religioso, habían perpetrado tales quemaduras, ellos "nos dejaron tan sin lumbre" para entender el mundo indígena. Al menos hubo otros como Andrés de Olmos y fray Bernardino de Sahagún que, aprovechando lo que pudieron de esos manuscritos, hicieron rescate de valiosos testimonios.

Los primeros impresos mexicanos

En 1539 comenzó a funcionar en la Ciudad de México la primera imprenta del Nuevo Mundo auspiciada por el virrey Antonio de Mendoza y el obispo fray Juan de Zumárraga. Se fundaba como filial de la imprenta sevillana de Juan Cromberger y al frente de ella venía el italiano Juan Pablos.

El hecho de que Zumárraga tuviera tanto interés en la nueva prensa, a la postre resultaría paradójico. De hecho, en algunos libros impresos, se infiltraron textos de la antigua cultura, aunque teóricamente fueran publicados para advertir a los religiosos de los peligros de las idolatrías y supersticiones.

Pero además, la introducción de la imprenta no significó la muerte de los *amoxtli* mesoamericanos. Al menos durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se siguieron elaborando. Los *tlacuilo*s no cesaron de componer lo que hoy llamamos lienzos o códices en los que plasmaron el presente y el pasado de sus comunidades a veces con un gran sentido de "orgullo histórico". Podríamos definirlos como una mezcla de libros de pintura y mapas geográfico-históricos, ricos en glifos toponímicos y glosas en náhuatl escritas con el alfabeto latino.

Volviendo a la imprenta, se considera que el primer impreso, hoy perdido, es la *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua castellana y mexicana*, de Zumárraga, de 1539. A este libro siguieron muchos más; del XVI nos quedan aproximadamente ciento ochenta, treinta y ocho de los cuales tratan de lenguas indígenas. El contenido de estos ciento ochenta impresos es bastante variado. Desde luego abundan los de tema religioso, doctrinas cristianas, sermonarios, confesionarios, tratados de sacramentos, antifonarios, libros de cofradías, bulas. Pero también se editaron libros de medicina, cedularios, tratados de filosofía y teología, y algunos muy específicos, como el que nos narra el espantable terremoto de Guatemala; los de Cervantes de Salazar sobre los *Diálogos Latinos* y el *Túmullo Imperial*; el del doctor Cárdenas, *Secretos maravillosos de las Indias* y el muy atrayente para los historiadores de la ciencia, *Instrucción Náutica* de Diego García de Palacios.⁷

Conscientemente he dejado para el final señalar el interés de los impresos de contenido lingüístico y filológico. A lo largo del XVI se publicaron textos en varias de las principales lenguas mesoamericanas: náhuatl, tarasco, zapoteco, huasteco, mixteco, otomí y utlateco (quiché). Posiblemente también chiapaneco, zoque, zendal y chinanteco. Aunque muchos de estos textos son de contenido religioso, por razones obvias ofrecen interés para lingüistas y filólogos. Este interés aumenta notoriamente en las artes y vocabularios de las lenguas mexicana y tarasca que redactaron respectivamente los franciscanos Alonso de Molina, Maturino Gilberti y Juan Bautista de Lagunas. Los impresos de estos tres religiosos, que se publicaron entre 1555 y 1574, tienen un valor excepcional, en sí

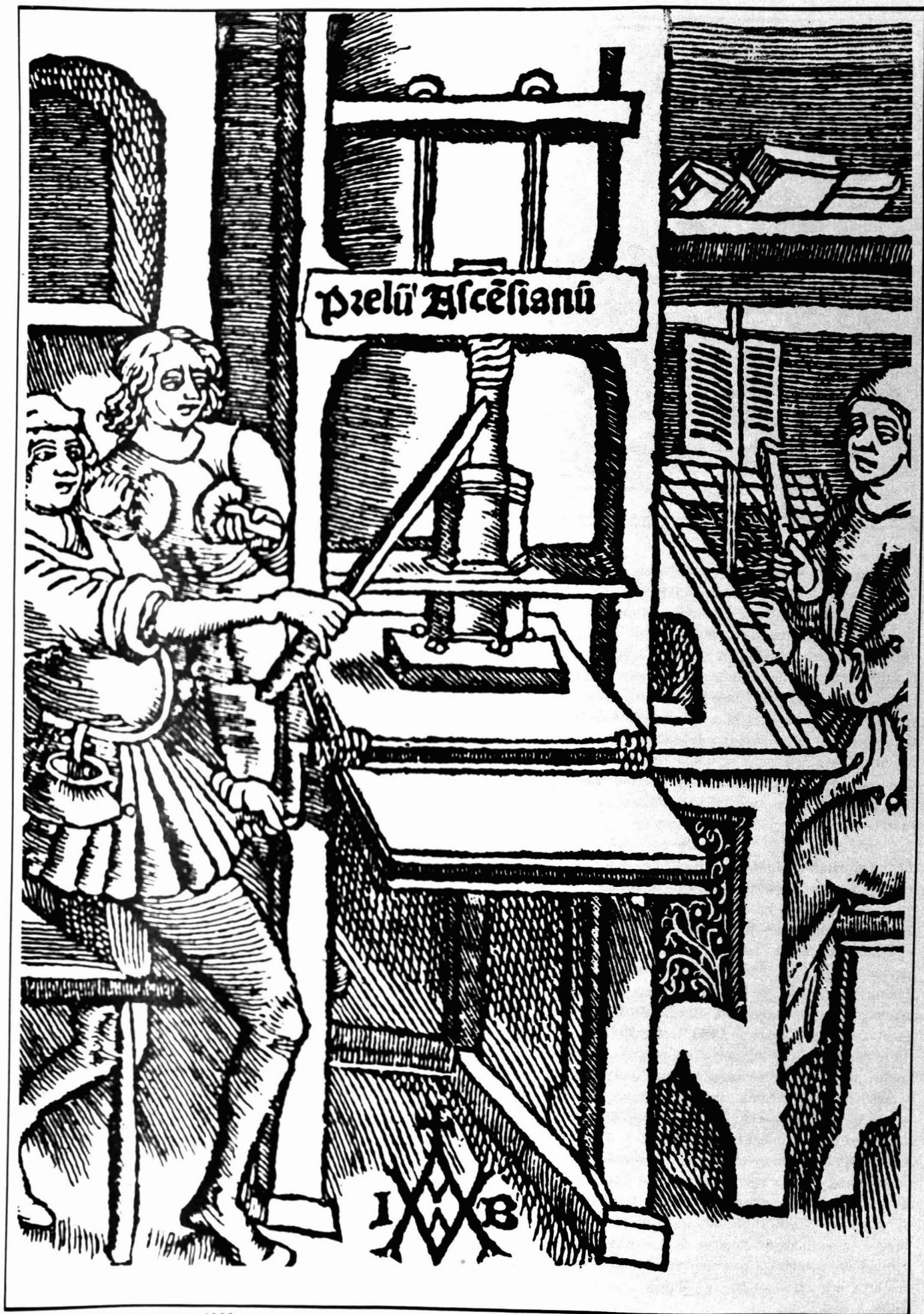
3. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y natural de las Indias*, Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1945, v. XI, p. 65. (Edición hecha por Natalicio González basada en la de José Amador de los Ríos.)

4. Pedro Mártir, *Décadas* en Ascensión H. de León-Portilla, *op. cit.*, p. 50.

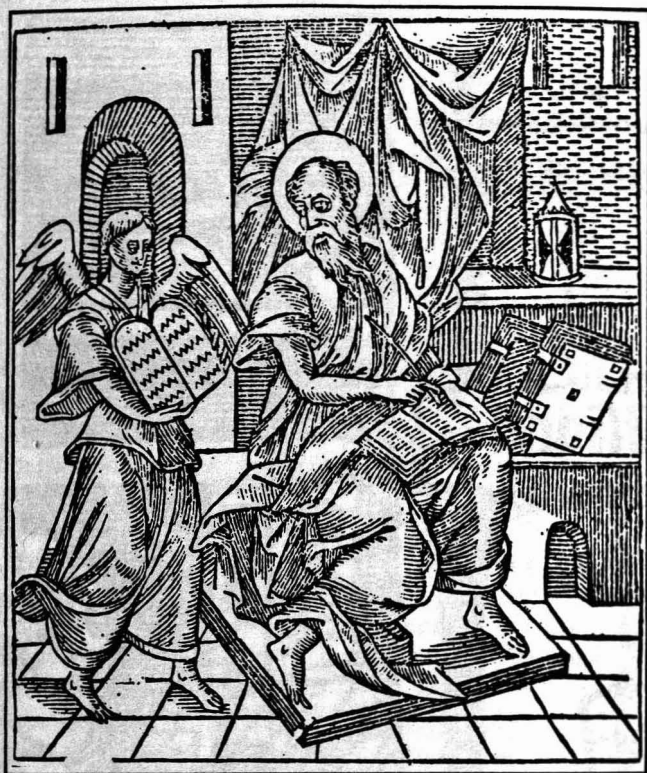
5. Miguel León-Portilla, *Tonalámatl de los pochtecas*, México, Celanese Mexicana, S. A., 1985.

6. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1955, T. I, pp. 143 y 273.

7. *La Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, de Joaquín García Icazbalceta, sigue siendo el mejor estudio sobre este tema. Recientemente quien esto escribe ha publicado un libro de conjunto sobre impresos en idioma náhuatl titulado *Tepuztlahcuilloli. Impresos nahuas. Historia y Bibliografía*, México, UNAM, 1989, 2 vols.



Una primitiva prensa de imprenta (1507)



nismos y en la historia de la lingüística. Gracias a ellos, dos lenguas del Nuevo Mundo entran en el torrente de la lingüística universal en el momento mismo en que se estaban redactando los vocabularios europeos.

Un impreso más, de gran interés filológico-antropológico, cierra la producción editorial de la décimosexta centuria. Es el libro titulado *Huehuetlahtolli. Pláticas morales de los indios para doctrina de sus hijos, en mexicano*, 1600, de fray Juan Bautista. En él se recoge una rica colección de textos nahuas que los ancianos, las ancianas, recitaban en los momentos cruciales de la vida del ser humano. Los franciscanos admiraron la belleza de estos textos, su lenguaje pulido y elegante, su fondo moral.

El scriptorium de Santa Cruz de Tlatelolco: diálogo entre la sabiduría mesoamericana y el Renacimiento europeo

En el contexto de los libros y la imprenta en el Nuevo Mundo, el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco es ejemplo de una experiencia singular. Patrocinado por Sebastián Ramírez de Fuenleal y Antonio de Mendoza y animado por el obispo Zumárraga, correspondió a los franciscanos organizarlo y dirigirlo desde poco antes de 1536, fecha oficial de su inauguración. Se pensaba preparar a un grupo selecto de jóvenes indígenas en las enseñanzas del *trivium* y el *quadrivium*, y adoc-trinarlos en el Evangelio con objeto de capacitarlos para desempeñar un papel rector en sus comunidades.

Pronto esta finalidad fue desbordada y el colegio se convirtió en un centro de investigación. Cosa nada extraña si pensamos que muchos de los franciscanos de Tlatelolco habían sido formados en universidades europeas, dentro del humanismo renacentista, mientras que un buen número de los jóvenes colegiales eran hijos de alumnos de los *calmécac* prehispánicos. Ambas circunstancias propiciaron un intercambio de pensamiento, y un diálogo en tres lenguas y culturas, mexicana, latina y castellana.

Facilitó la tarea el que los franciscanos contaran con una biblioteca rica en obras religiosas y de autores grecolatinos. Cerca de ella estaba la gran sala de trabajo, el *scriptorium*, llena de mesas y pupitres, animada con el ir y venir de maestros y copistas que consultaban los volúmenes de Platón y San Agustín, Ptolomeo y Plinio, la Biblia y Erasmo, los códices y los libros de pinturas donde se guardaba el antiguo saber, la tinta negra y roja. Porque es seguro que, al menos una parte de los que trabajaban en el *scriptorium*, conocían la tradición pictográfica que se cultivaba en los *calmécac*, en los que podríamos llamar *tlacuiloan*, donde se hacían los libros de pintura. Muestra de ello son las ilustraciones de los códices *Badiano* y *Florentino*.

Hasta nosotros han llegado bastantes libros concebidos en este *scriptorium*, algunos de los cuales se cuentan entre los mejores incunables americanos. Es el caso de la *Doctrina breve, muy provechosa*, 1543, de fray Juan de Zumárraga, redactada conforme a la interpretación del cristianismo hecha por Erasmo, y de la *Doctrina cristiana breve traducida en lengua mexicana*, 1546, de Alonso de Molina, el primer impreso en náhuatl que hoy podemos contemplar. Otros ejemplos más, dignos de ser recordados, serían la *Doctrina cristiana en lengua mexicana*, 1553, de fray Pedro de Gante, verdadero manual del cristiano, y los *Colloquios de la paz y la tranquilidad cristiana en lengua mexicana*, 1582, obra de fray Juan de Gama. En ella, su autor nos muestra el refinamiento en el manejo del náhuatl al reflexionar en temas que tocan el mundo de la mística.

Impresos de inestimable valor son los de índole lingüística elaborados por Alonso de Molina, como ya vimos. Me refiero al *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* de 1555, agrandado en la edición de 1571, y, al *Arte de la lengua mexicana y castellana* de 1571. También en el Colegio de Santa Cruz se publicó el ya citado libro de los *Huehuetlahtolli*, donde se rescatan los textos recogidos por fray Andrés de Olmos, "enmendados y acrecentados por fray Juan Bautista". De enorme interés filológico-antropológico, es el impreso más rico en textos prehispánicos de cuantos se publicaron en el XVI.

En esta breve relación de trabajos que se gestaron en el *scriptorium* de Tlatelolco cabe recordar el valor capital que para nosotros tienen las investigaciones de contenido histórico-antropológico llevadas a cabo por Olmos y más tarde por Sahagún y su equipo de "gramáticos". Estas últimas integran la magna obra conocida como *Historia general de las cosas de Nueva España*. Destaca dentro de ella el *Códice Florentino*, joya sin igual entre los manuscritos del Renacimiento. Otro tanto se puede decir del *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, obra de Martín de la Cruz y Juan Badiano y asimismo del *Mapa de México Tenochtitlan de 1550 o Mapa de Santa Cruz*. Ninguna de estas tres obras salió a la luz en el siglo XVI. Afortunadamente hoy podemos tenerlas en ediciones facsimilares.

Para nosotros, a cuatro siglos y medio de la fundación de la imprenta en México, el *scriptorium* de Tlatelolco tiene un lugar propio en el contexto universal. Como en los grandes conventos benedictinos medievales, Cluny, Fulda o Silos, también aquí se hizo una labor de rescate y transmisión de la palabra, de una palabra a través de la cual se expresaba una cultura diferente. Por ello los libros que allí se redactaron tienen un sello que los diferencia de sus contemporáneos del Viejo Mundo. A través de ellos podemos reconstruir el proceso por el cual unos hombres se introducen en la conciencia de otros, la descubren, la comprenden, y la enlazan con la propia.

Los exiliados y la imprenta en México: primeros trabajos

Cuatro siglos exactos transcurren entre el primer impreso mexicano y la llegada de los refugiados en 1939. Durante esos cuatrocientos años el número de publicaciones salidas de las imprentas mexicanas es tan grande que ha sido objeto de estudios detallados por parte de muchos eruditos, desde aquella primera bibliografía que nos dejó Antonio de León Pinelo a fines del siglo XVII. Juan José de Eguíara y Eguren, José Mariano de Beristáin y Souza, Nicolás León, Joaquín García Icazbalceta y José Toribio Medina son algunos nombres ilustres que han dado a conocer, desde diferentes perspectivas, el número y la calidad de los libros que se imprimieron en la Nueva España y en el México Independiente.

De tal manera es rico el mundo de los impresos mexicanos que a través de ellos podemos ahondar en el pasado, comprender el por qué de las diferentes etapas que nos llevan desde el presente hasta los momentos de esplendor y decadencia de las altas culturas mesoamericanas. En ellos se guarda lo que fue la Conquista, la realización mexicana del Renacimiento y del barroco, la significación del siglo de las luces y del neoclasicismo, el despertar de la conciencia nacionalista, la perduración de lenguas y culturas del México antiguo.

Los que llegaron palparon pronto el rico contenido aportado en la palabra impresa. En ella se reflejaba la historia de México; también nuevos puntos de vista para comprender mejor la historia de España y la de Europa. De manera que no es extraño que algunos de ellos se dedicaran al estudio de estos impresos. Tal fue el caso del filólogo y bibliógrafo Agustín Millares Carlo, reeditor y comentarista de la *Bibliografía mexicana del siglo XV*, 1954, de Joaquín García Icazbalceta y, autor, con José Ignacio Mantecón, de un *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas*, 1943. Otros, como Juan Comas y Germán Somolinos, fueron atraídos por el estudio de los impresos de materia médica y sobre este tema han dejado valiosas aportaciones.

Pero además, como hombres que venían dispuestos a ganar el exilio con la pluma, no tardaron en incrementar la producción bibliográfica mexicana. Sabían que debían facilitar la edición de sus trabajos como lo muestra el hecho de que, muy pronto, en 1939, en la Embajada de México en París se constituyera la primera casa editora del exilio, Editorial Atlante, S. A. Trasladada en México, esta casa editora fue el germen de la hoy famosa Grijalbo.

Al instalarse la Junta de Cultura Española en la capital mexicana en 1939, se organizó la Editorial Séneca, dirigida por José Bergamín. Hoy día, las colecciones de esta editorial son un tesoro: *Laberinto*, dedicada a los clásicos del Siglo de Oro; *Estela*, *Árbol*, *Lucero*, a los nuevos valores del exilio. En estos primeros años hay que recordar también una aventura singular, la emprendida por Manuel Altolaguirre y Emilio Prados, de imprimir con tipos de madera. Fruto de tal aventura fue la colección *Aires de mi España*, doblemente significativa, por su valor intrínseco y por su contenido emocional.

En realidad, en la década de 1940 surgieron bastantes editoriales, las más de ellas apoyadas por mexicanos. Se abrían en un momento propicio, cuando en el país, estabilizada la situación social, se creaba cada día algo nuevo. Leyenda, Xóchitl, Esfinge, Quetzal dieron a la luz títulos que hoy son considerados aportaciones de gran valor.



Otras han tenido larga vida como Oasis y EDIAPSA (Editora y Distribuidora Iberoamericana de Publicaciones, S. A.). Esta última fue obra de un famoso editor y promotor de muchas empresas editoriales, Rafael Giménez Siles, apoyado por Martín Luis Guzmán.⁸ Costa Amic Editores y Editores Mexicanos Unidos son reconocidas por su labor en pro de la lengua y cultura catalanas. Tres más gozan de gran personalidad en el mundo hispanoparlante: Joaquín Mortiz, creada por Joaquín Díez-Canedo, generosa con los jóvenes autores; ERA, surgida de la Imprenta Madero y especializada en temas de contenido sociológico; y Grijalbo, obra de Juan Grijalbo, que se hizo famosa con sus "Biografías Gandesa".

En mayor o menor grado, estas editoriales surgidas en el seno de la comunidad exiliada, han sido significativas en la vida cultural del México contemporáneo. Ahora bien, los españoles, sobre todo los intelectuales, participaron en otras empresas editoriales, las propiciadas por importantes instituciones del país, como se verá a continuación.

Publicaciones académicas en instituciones mexicanas

Se ha señalado, en muchas ocasiones, la generosidad con que las instituciones académicas mexicanas acogieron a los universitarios españoles. En ellas pudieron desempeñar un papel relevante en la docencia, en la investigación y desde luego en las tareas editoriales. Veamos cómo participaron en estas últimas tareas en tres instituciones: el Fondo de Cultura Económica, el Colegio de México y la Universidad Nacional.

El Fondo de Cultura Económica había sido creado en 1934 como una respuesta a la necesidad de dar a conocer las publicaciones sobre las nuevas teorías económicas. Su director, Da-

8. Sobre el significado de la figura de Rafael Giménez Siles y, en general, sobre las empresas editoriales que se crearon en el seno de la comunidad exiliada, se puede consultar el artículo de Luis Suárez, "Prensa y libros, periodistas y editores", en *El exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 601-622.